

AÑO IV

15 DE ABRIL DE 1881

NÚM. 60

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6  
id. trimestre.  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis  
meses, 5 pesos fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50  
céntimos.

# La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo  
MADRID

No se sirve suscripción cuyo  
pago no se anticipe.  
Anuncios y esquelas de de-  
funciones de niños á precios  
convencionales.



SEÑORITA DOÑA MARÍA DEL CÁRMEN PRÁT

Ayuntamiento de Madrid



## SUMARIO

I. El verdadero cristiano.—II. Sombra es la dicha.—III. Sábado santo.—IV. La Trinidad en Jesús.—V. El primer hijo.—VI. Dos almas en el espacio.—VII. Protección á la niñez.—VIII. Los dos hermanos.—IX. La esencia de las flores.—X. Lecciones familiares.—XI. Una visita á la penitenciaría de Lovaina.—XII. Suelto.

## EL VERDADERO CRISTIANO

A grandes y profundas reflexiones se presta el precedente epígrafe; tan grandes y profundas, como que con una inteligencia limitada, con la capacidad racional que el Creador nos concediera, parece como que queremos penetrar en el santuario de las conciencias. Pero no es eso, no, lo que nos proponemos, porque sería soberbio querer penetrar en el fuero interno del individuo, sino el de deshacer los crasos errores que la humanidad comete, dejándose arrebatar por el más ciego fanatismo unas veces, y otras por la más repugnante y ociosa hipocresía.

Queremos presentar al hombre tal como es en sí, sin prejuzgar el dogma, sin menoscabar las creencias de nadie, sin herir ninguna susceptibilidad, por esquisita que sea.

Cristiano, quiere decir siervo de Cristo, sectario de su escuela religiosa, hijo de su Iglesia; y como Cristo fué el Mesías anunciado por los profetas al pueblo de Israel, conviene á nuestro propósito, remitir á los verdaderos creyentes del Cristianismo á las costumbres de aquel pueblo disciplinado y sóbrio; á las lecciones que encierra el Viejo Testamento.

Los preceptos del Decálogo era su código; escrito por el dedo de Dios en el Sinaí, y el cumplimiento de esos diez Mandamientos promulgados por Moisés, era entonces lo que constituía la fé de los israelitas, como es hoy lo que constituye la fé de los cristianos.

No existe diferencia alguna esencial en las creencias de una y otra edad; entonces cumplían los buenos esos preceptos, esperando la venida del Hijo de Dios; hoy son también los buenos los que los cumplen y creen en la venida; pues si antes se santificaban las fiestas, quemando en el ara santa los mejores frutos de la tierra, desde Melquisedec se santifican con el sacrificio incruento, en el ara del altar, consagrando el pan y el vino para convertirlo en cuerpo y sangre del Crucificado; del entonces anunciado Mesías.

Entonces y ahora era, y es un pecado, la comisión de cualquiera delito atentatorio á la ley divina y al derecho de los demás hombres; pero téngase en cuenta que, si todo delito es pecaminoso, todos los pecados no pueden penarse como delitos.

La norma, entonces y ahora, era sujetarse al cumplimiento estricto de esos preceptos, porque su enseñanza, compendiada en diez solos mandamientos, puede decirse que es la legislación universal, el eco sublime de la conciencia.

Y esa ley será perdurable mientras el mundo exista.

Amar á Dios sobre todas las cosas y al pró-

jimo como á sí mismos; esta es la síntesis del Decálogo.

Por el primer concepto se determina lo que debemos al autor de todo lo creado, y siendo nosotros hechura de Dios y hechura privilegiada con una razón inteligente, ¿no estamos en el deber de amarle sobre todas las cosas? Esto no lo cuestiona nadie; por el segundo concepto, se nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, y nada tampoco más natural, más santo, más justo; pues ninguno debe vulnerar el derecho de sus semejantes, para que respeten el suyo propio.

Los que se aparten de estas máximas, no son buenos cristianos, por más que velen sus actos con la más refinada hipocresía; porque si la hipocresía extravía el juicio que los hombres pueden formar del individuo, á Dios no puede ocultársele el secreto de las intenciones, porque penetra lo mismo las obras que los pensamientos. A Dios no se le puede engañar.

No es, pues, más cristiano el que frecuenta más el templo del Señor en días que no sean de precepto, pues la verdadera ley de Dios lo que dispone es que se santifiquen las fiestas. Dios no quiere, no puede querer que se dejen abandonadas las obligaciones del hogar, los cuidados de la familia, los deberes civiles á todos comunes; Dios no quiere, no puede querer que, obrando á impulsos de un mal entendido fanatismo, se perjudiquen la honra, los derechos y los intereses del prójimo; Dios no quiere, no puede querer, que se explote la credulidad de los fieles apartándolos del trabajo á que venimos condenados para satisfacer nuestras necesidades, ni que se cercene á los hijos lo que de derecho les corresponde.

No es más cristiano el que, sin levantar los ojos del suelo, fingiendo religioso recogimiento, medita el oneroso tanto por ciento que pretende aumentar á los préstamos que hace al semejante indigente y enfermo, ni es cristiano hacer dádivas con aparatosa ostentación para satisfacer la vanidad mundana, porque una cosa es la soberbia y otra el ejercicio sacrosanto de la caridad.

No es más cristiano el que más público alarde hace de guardar los Mandamientos de la Iglesia, sino el que se ciñe con verdad á la ley de Dios, el que ejecuta sin remordimientos, el que tiene la conciencia tranquila.

¡La conciencia!...

La conciencia es el juez que nos condena en la tierra, y por más que queramos demostrar exteriormente la satisfacción de nuestras obras, cuya ficción se llama hipocresía, no podremos excusar nunca la pena, y el que no experimente pena, siquiera sea en secreto, por sus malas obras, será un ateo, no puede ser cristiano.

Infantiles lectores: no os dejéis dominar por el fanatismo y la hipocresía; medita la doctrina santa que encierran los preceptos del Decálogo; esculpirlos en vuestro corazón para que todos vuestros actos sean inspirados para la práctica del bien, y sereis verdaderos cristianos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

## SOMBRA ES LA DICHA

En vano busca el hombre aquí en el suelo la paz del corazón y la alegría, que si algo encuentra en su ardoroso anhelo tan sólo es la ilusión de un solo día.

Tras de la dicha se desboca el hombre sin dar á su afán tregua ni un momento, y sin ver que la dicha es sólo un nombre que acaricia á su gusto el pensamiento.

La sigue sin cesar siempre anhelante, y cuando más cercana le parece y de amor y belleza más radiante, al llegarla á tocar, desaparece.

Y aunque vió su ilusión desvanecida en el instante mismo de alcanzarla, de que fué sólo una ilusión se olvida, y afanoso otra vez torna á buscarla.

Tras esa sombra con afán creciente se agita y corre aún con arrebató; mas ¡ay! que en vano en su codicia ardiente tras la sombra fugaz corre insensato.

Y si quizá en su ardor vertiginoso presume estar de nuevo cerca de ella, cruza por precipicios animoso por no perder segunda vez su huella.

A su encuentro, con fé, veloz se lanza y, al contemplarla aún más seductora, tiende las manos ébrio de esperanza, y en sus manos entonces se evapora.

Y una vez y otra vez la ve perdida, y una vez y otra vez se desconsuela, y por fin se convence que en la vida nunca se alcanza lo que más se anhela.

Y de dolor su corazón transido comprende que en la tierra sólo hay llanto, y que quimera pertinaz ha sido tanto buscar lo que anhelaba tanto.

Y comprende por fin que la ventura es inútil buscarla sobre el suelo, pues la felicidad eterna y pura sólo se encuentra en la mansión del cielo.

MARÍA DEL CÁRMEN PRAT

## SÁBADO SANTO

*Posuerunt custodes milites ad sepulchrum.*

Exige la condición de los tiempos que en estos días de grandes memorias meditemos acerca de las enseñanzas de la religión.

No son vanas las ceremonias que ahora presenciamos, ni contienen solo un recuerdo histórico más ó menos tierno, sino que deben de llamar vigorosamente á las puertas del corazón para despertar los sentimientos que quizá hay en él dormidos. Porque, quien se atenga á la letra y á las fórmulas, no hallará gran cosa que admirar en esas ceremonias, si no advierte el espíritu de que están animadas, si no atiende á las lecciones que contienen, eternamente provechosas, nunca quizás como ahora necesarias.



Los hombres que hicieron padecer al Salvador muerte de cruz, temieron que sus discípulos arrebatasen sus mortales despojos, y, para evitarlo, rodearon de guardias su sepulcro.

Mas, aconteció el milagro de la Resurreccion gloriosa, sin que pudieran impedirlo las armas de los soldados y verdugos. Todavía despues de esto pretendieron los judíos cerrar los ojos á la luz del hecho maravilloso, y sobornar á los atónitos guardadores para que atribuyesen á hecho natural lo que era patente demostracion de la voluntad del Eterno. Y doblemente ciegos y doblemente culpables, daban más fé á un testimonio falso que á la evidencia de la verdad.

Tal es la condicion del impío. Pretende engañarse á sí mismo engañando á los demás, y abandona gozoso la region de la luz y se sume por propia voluntad en los antros tenebrosos para no ver lo que odia y aborrece. La fuerza de las cosas suele imponérsele con imperio soberano; pero, como la voluntad es suya, empléala en amar el error por no abrazar la verdad.

De esto son ejemplo la mayor parte de los enemigos de la Iglesia. Súmenla en el sepulcro de las persecuciones: guárdanla con las armas de la calumnia, del aborrecimiento y de la tiranía; pero, como al fin la augusta sepultada vuelve á la vida y resucita impensadamente, sus enemigos sobornan con toda clase de malas artes á muchos que advirtieron el dichoso suceso, y les persuaden de que en esto no hay otra maravilla que el cumplimiento de las leyes de la naturaleza y de la historia.

Diez y nueve siglos de perdurables y gloriosísimas resurrecciones debieran ya abrir los ojos de los soldados puestos como guardas, y aún de los fariseos y escribas, y hacerles pensar en esa jamás interrumpida série de milagros que predicán y demuestran la inmortalidad de la fé cristiana.

Y más pronta y sincera debia de ser su conversion, considerando la calidad y alteza de sus antecesores, entre los que figuraron hombres como Arrio, Nestorio, Wielef, Lutero, Jansenio y Napoleon. De las armas fortísimas de estos varones no ha quedado ni aún el polvo, ni sirvió su astucia vigilante para impedir que la pesada losa por ellos labrada y por ellos puesta sobre el sepulcro de la fé católica, se levantase una y mil veces, cuantas la gloria de Dios, la ventura del mundo y las necesidades de la Iglesia lo han exigido.

Este es el fin de la Iglesia católica. Pasarán las generaciones de verdugos y los siglos de prevaricacion sin dejar tras sí otra cosa que lágrimas, quebrantos y desventuras; pero la piedra inquebrantable sobre que Cristo levantó su obra, no perecerá. Sus enemigos entonarán de continuo el himno de la muerte; pero el *alleluya* llenará al tercero dia los valles y los montes, y se repetirá su eco hasta la consumacion de los siglos.

La luz del templo apagada revive en este dia. Y pide la cristiandad que el cirio, consagrado en honra del nombre de Dios, arda siempre vivo para disipar las tinieblas de la triste noche, cuya oscuridad acaba.

De este tránsito felicísimo de las tinieblas de la muerte á la luz inefable de la Resurreccion debemos de aprovecharnos y servirnos para el enaltecimiento y glorificacion de Aquel que resucitó para testimonio de su divinidad y postrera demostracion de su poder. Y de su Iglesia santa seamos defensores nunca desfallecidos, y soldados que jamás duermen.

Aportillada la ciudad santa hácia los cuatro vientos, ha de acudir el milite generoso á todos los peligros, como si el esfuerzo de su brazo fuera requerido ahincadamente de todas partes. No es esta hora de descanso, ni conviene fijar la planta allí donde nuestro interés, ó nuestra simplicidad, ó el mal consejo demandan, sino que debemos de recorrer la extension del adarbe y cuidar de las puertas, y reparar las brechas y tender el dardo hácia donde se muestre el enemigo.

Porque tras la pasion y trance de muerte que la Iglesia sufre, sin duda alguna que ha de volver á sus antiguas grandezas, reviviendo de nuevo á imitacion de Cristo su fundador. Mas nuestros deberes de hijos nos mueven y obligan á subir á la cumbre del Calvario de esta ciudad pecadora que se llama impiedad, para no abandonar á la Santa Madre, ni dejarla sola en su pasion dolorosísima.

Vigilemos á la vera de su guardado sepulcro y esperemos en sus cercanías hasta el dia tercero; porque al fin han de cumplirse las divinas promesas y hemos de ver que sale gloriosa y triunfante de entre los sectarios deslumbrados, la verdad eterna, luz de la vida y maestra del linaje humano.

JUAN CATALINA GARCÍA.

## LA TRINIDAD EN JESÚS

Quando con íntima fé  
y profunda reverencia  
contemplo, Jesús bendito,  
de tu Calvario las huellas,  
de la Trinidad Santísima  
hallo repetidas pruebas,  
y en los actos de tu vida,  
y en tu doctrina severa,  
y en tu amor, y en tu piedad,  
veo su imagen excelsa.

*Tres reyes* te visitaron  
haciéndote *tres ofrendas*  
sobre un pesebre, al que dos  
adjuntos abrigo dieran.  
De *tres ciudades* honraste  
el seno con tu presencia,  
y de entre los pueblos todos,  
hijos de tu santa empresa,  
de Belén y Nazaret  
y Jerusalem la incrédula  
cantará siempre la historia  
los duelos y las grandezas.

*Tres veces* en el Desierto  
el ángel de las tinieblas,  
con tentaciones inícuas  
quiso vencer tu paciencia.  
Entre las resurrecciones  
que obró tu potente diestra

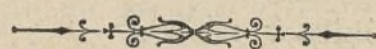
*tres*, como soles, figuran  
sobre tu manto de estrellas;  
y en *tres años* de portentos  
y de virtudes supremas,  
tu predicacion divina  
convierte en cielo la tierra.  
Quando al Thabor arribaste,  
diste de tu gloria muestra  
á Pedro, Juan y Santiago  
que, sobre nubes de perlas,  
entre Moisés y Elías  
te vieron en su sorpresa.  
En Getsemani *tres horas*  
de oracion tuviste, y llena  
de angustia el alma, tu rostro  
sangre sudó en la *tercera*.

*Tres veces* una pregunta  
hiciste de amor á Céfás,  
y otras tantas conmovido  
te dió segura respuesta,  
que le mereció el encargo  
de apacentar tus ovejas.  
*Tres* fueron sus *negaciones*,  
que borró la penitencia,  
y en *tres fieros tribunales*  
te saturaron de afrentas.  
En la vía del suplicio,  
debilitadas tus fuerzas  
humanas, viniste al suelo  
con *tres caídas* horrendas.  
*Tres Marías* te lloraron,  
y al secar en su clemencia  
la Verónica tu rostro,  
como inestimable prenda,  
en *tres pliegues* de su lienzo  
quedó tu imagen impresa.  
*Tres cruces* ensangrentadas  
sobre el Gólgota se elevan,  
y tú, mi Dios y Señor,  
espiras sobre una de ellas,  
despues de sufrir *tres horas*  
de agonía triste y lenta,  
á las *tres* de aquella tarde  
que siempre el alma recuerda  
con terror y gratitud,  
con alegría y con pena.  
De *tres clavos* suspendido  
diste de tu Reino prueba  
al suplicar el perdon  
de las mayores ofensas,  
y *tres miserables dados*  
fueron para más afrenta  
de la túnica verdugos  
entre aquella turba fiera.  
*Tres dias* en el sepulcro  
vino á posar tu cabeza  
para elevarse radiante  
sobre su lecho de piedra  
al finar este período,  
cumpliendo así tu promesa  
de reedificar el Templo  
y vencer nuestras miserias.  
*Treinta y tres años* viviste,  
Padre Jesús, en la tierra,  
para morir por nosotros  
matando nuestra soberbia  
en el *tercer mes del año*,  
que forma la mejor época  
entre los hechos sublimes  
de la humanidad entera.



*Tres discípulos pecaron  
contra la misma Inocencia,  
y uno solo se perdió  
por su indomable fiereza;  
que si, cual Pedro y Tomás,  
Judas rendidose hubiera,  
hoy dichoso gozaria  
de la misma recompensa.  
En tres términos hermosos,  
en tres palabras eternas  
que brotaron de tus lábios  
divinos, por dicha nuestra,  
nos haces tu fiel retrato  
para que la inteligencia  
y el corazon en tu Sér  
vean su polar estrella.  
Camino, Verdad y Vida,  
eres, mi Dios, por esencia,  
para el que lidiando vive  
entre males y tinieblas.  
¡Camino, Verdad y Vida!  
En esa triple diadema,  
en esa trípode santa  
su gloria Jesús ostenta.  
Y ese prodigioso tres,  
con tal importancia juega  
en su existir adorable,  
que no es mucho que yo vea  
tras él el misterio augusto  
de la Trinidad Excelsa.*

TIMOTEO DOMINGO PALACIO.



## EL PRIMER HIJO

El primer hijo es la primera consecuencia del amor en la fogosa juventud; el reflejo del cariño, la expresion sincera de las más tiernas emociones, el fruto con que Dios bendice la union sacramental de los cónyuges.

El primer hijo hace entrar á la mujer en la tercera gradacion de su vida; la más preciosa para completar su educacion; la más útil para la sociedad, si obedece á los impulsos del bien. Hasta entonces, la mujer ha obrado como hija y como esposa; la tercera gradacion la hace obrar como madre.

¡Madre! nombre augusto que deleita al alma, escrito con caracteres indelebles en el corazon más duro!

¡Madre mia, madre mia! exclama al imprimir el primer ferviente beso sobre la frente pura de su hijo; y al surgir la exclamacion del pecho, brotan de su cerebro un cúmulo infinito de dulces pensamientos.

Por el amor entrañable que á su hijo profesa, acaba de comprender lo que debe á su madre, y en el delirio de ese amor, la ve siempre sublime, siempre buena y deleitable; esa tercera gradacion complementa los afectos de su espíritu, perfecciona su sér.

Pero para ser buena madre, es preciso haber sido buena hija y buena esposa; es preciso haber sido dócil instrumento para ejecutar con precision los preceptos de una madre, y haber guardado el necesario recato y hecho el honor posible á su marido; porque la que es buena hija y buena esposa, es, seguramente, buena madre.

Por eso, pues, el primer hijo la perfecciona y la envanece.

El primer hijo hace menospreciar los afeites del cuerpo, á la vez que hace más esquisitas y delicadas las inclinaciones del alma; porque esta pasion, el amor de madre, está por encima de todo género de sentimientos.

Solo una madre sufre con paciencia, solo una madre tiene santa resignacion para soportar las incomodidades que antes del desarrollo ocasionamos, para sufrir las molestias que se desprenden de nuestra natural torpeza, para acallar nuestro llanto, para atendernos en nuestras enfermedades y comunes exigencias.

Solo una madre pasa en vela las largas y frias noches del invierno, más sobrada de sueño que de abrigo; solo una madre cierra con gusto las puertas á todos los apetitos, por tener satisfechos los del hijo; solo una madre se subordina á las privaciones, ante las conveniencias de los hijos.

El primer hijo es el primer eslabon de la cadena que une en consorcio estrecho á la familia, porque el primer hijo viene siempre á robustecer las íntimas impresiones del amor conyugal. El primer hijo es vínculo que enlaza los más apartados caracteres, doblega los ímpetus más turbulentos y mantiene enhiesta la bandera de la paz, aún en medio de las penalidades y de las privaciones; es el iman que atrae á su centro á los dispersos miembros de la familia.

Por ese primer fruto del amor se modifican los sentimientos de las personas ofendidas dentro del hogar, y una nueva era de bienandanza reemplaza, en él, á las antiguas querellas.

Donde antes se sembraban discordias, despues resplandece la confianza que engendra el cariño; tal es la influencia que ejerce el primer hijo en el seno de las familias.

¡El primer hijo!...

El primer hijo es siempre para sus padres nuncio venturoso de futuras complacencias, y aparte del amor que inspira como encarnacion del propio sér, es, en la mayoría de los casos, el fundamento de un lisonjero porvenir; porque la sucesion directa parece como que sanciona y legitima la union; funde, en una sola, las fortunas de los cónyuges, despierta la aficion al trabajo y al ahorro, y encauza, digámoslo así, los pensamientos de sus progenitores, apartándolos del contagio de la holganza y acaso del vicio.

Cierto que el primer hijo ocasiona molestias y privaciones á su madre; pero, ¡qué dulce sufrir!... ¡Qué grata soledad!... La angelical sonrisa del primer hijo ensancha y recrea el espíritu más que todas las satisfacciones extrañas, más que todos los recreos públicos y privados, más que todas las lisonjas de la sociedad.

El primer halago del hijo, es mucho más celebrado que los cambios favorables de la fortuna, puesto que no siempre la fortuna mitiga los dolores del alma, mientras que si el hijo sonríe, sonríe y goza su madre, y si el hijo sufre, sufre también la madre, respondiendo, como el eco, á las manifestaciones del fruto de sus entrañas.

Puede asegurarse que la mujer no sabe lo que es pasion hasta que es madre; porque á presencia de su hijo, ó goza hasta el delirio si su hijo está bueno y alegre, ó padece hasta el tormento si su hijo enferma ó está triste; las madres, pues, ó disfrutan, ó sufren hasta la exageracion.

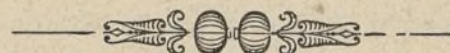
Despiertos ó dormidos, la madre nos vela y cuida constantemente; tranquilos ó inquietos, la madre nos prodiga sus caricias, y siempre, en todo lugar y en todas las edades, desde que abrimos los ojos á la luz del mundo, hasta que los cerramos para el sueño eterno, es nuestro guia fiel, nuestro seguro amparo.

Tal es el amor que despierta en el corazon de la madre el anhelado advenimiento del primer hijo: amor sincero, amor ferviente, amor sobrenatural, casi divino.

¡Qué fuera de la sociedad si Dios no hubiera colocado en el corazon de las madres ese delicado sentimiento, eco purísimo de su alito supremo! ¡Qué fuera de las familias, qué fuera de los hombres, si Dios no hubiera concedido al alma de las madres, como el más esencial de sus atributos, ese precioso bálsamo, panacea firmísima que cura todas nuestras torturas físicas y morales!

Por eso dijimos al principio que el primer hijo es el fruto con que Dios bendice la union sacramental de los cónyuges.

VICENTE D. BORDANOVA.



## DOS ALMAS EN EL ESPACIO

—¿Hermanita, á dónde vas?

—A la presencia de Dios.

—Iremos juntas las dos.

—¿Vienes al cielo quizás?

—Allí voy.—Pues no me explico que la tristeza te sobre.

—Yo soy el alma de un pobre.

—Yo soy el alma de un rico.

Todos mis bienes dejé en manos de la pobreza.

—Siendo pobre, con fiereza por el oro conspiré.

—Y conseguiste...—No, amiga, con un encono profundo

dejo á los ricos del mundo para que Dios me bendiga.

—¿Viste en ellos impiedad?

—Nunca busqué su consuelo.

—¿Y no sabes que en el cielo solo cabe la humildad?

—Aunque de altiva me tilde la riqueza, pobre soy.

—Hermana, pensando estoy que tienes poco de humilde.

—Puede ser.—En mi fortuna, tendí mi pródiga mano al huérfano y al anciano sin arrogancia ninguna.

—Y para tan alta vida, ¿qué alegas en tu jornada?

—Mi fortuna.—Bien gastada.

Yo mi pena.—Mal sufrida.

Y así volando las dos leguas y leguas subieron,





EL PRIMER HIJO



hasta que un rayo sintieron  
de las alturas de Dios.  
Luego, con brios doblados  
el alma rica subia,  
y la pobre descendia  
al peso de sus pecados.  
Y es que Dios, según me explico,  
aunque paciencia le sobre,  
da fuerzas al rico-pobre  
y abandona al pobre-rico.  
Nunca del justo la palma  
pobre soberbio merece;  
que solo Cristo la ofrece  
á quien es pobre en el alma.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO.



## PROTECCION Á LA NIÑEZ

Sin poner en duda, ni por un solo momento, que el siglo XIX progresa, y progresa á pasos de gigante en el camino del perfeccionamiento social, no puede tampoco en modo alguno negarse que existen muchas llagas todavía en el organismo de las modernas sociedades.

Los arcanos insondables de la ciencia han sido escudriñados en nuestros días hasta donde llegar le es dado á la humana investigación. Los problemas más complicados de la política son acometidos con febril entusiasmo y resueltos con lucidez. Nada, en fin, se opone á la victoriosa marcha emprendida por la actual generación á través de las tinieblas de la ignorancia y de las preocupaciones seculares.

Pero aún restan males que curar y errores que combatir; tal vez hoy sean éstos mayores y de más trascendencia que hace veinte siglos. Si en aquellos tiempos remotos la organización de la sociedad y las creencias supersticiosas podían admitir y sancionar ciertos horrores, hoy la misma ilustración de nuestro siglo nos acusa al mirar indiferentes cómo tienen lugar hechos que deshonran á toda una edad entera.

Por doquiera se tienda la vista, obsérvese en los grandes centros de población, pero sobre todo en Madrid, una innumerable pléyade de niños de ambos sexos, que, súcios, enfermizos, harapientos, se dedican á la vagancia, á la mendicidad.

Cada día crece su número; cada vez es más imponente la cifra de tanto pequeño sér que hormiguea en el seno de la sociedad, sin pan, sin hogar, sin instrucción, tal vez en perspectiva de la cárcel, si no ya del presidio ó del cadalso.

Unos, que se dedican á la venta de periódicos, billetes de loterías y rifas; abandonados á sus propios instintos, solos, frente á frente del vicio y del error; oyendo á cada instante sugestiones venenosas, proposiciones infames; tienen por fuerza que caer en el lodazal de la perdición, desesperados, incrédulos, cínicos, impulsados por el odio hácia una sociedad que los desprecia, que no los atiende cual se merecen, que los deja dormi-

tar en el lecho fangoso de la abyección y de la miseria.

Otros, implorando la caridad pública; llevando al lado madres que no lo son: recitando una lección aprendida de memoria al tranquilo transeunte; vertiendo lágrimas ensayadas de antemano para contar una historia inverosímil; únicamente han de venir á parar en ser maestros del engaño y de la estafa, apóstoles de la holganza y de la desorganización social.

Porque, es preciso que de ello se convenzan los públicos poderes y los hombres todos de recto juicio, si bien la necesidad es grande y la penuria del pobre mayor, ni todos los que se dedican á la mendicidad necesitan en absoluto del óbolo de la caridad, ni los que pululan por calles y plazas vendiendo periódicos y billetes de rifas lo hacen en su mayoría por falta de otra ocupación para ganarse el sustento cotidiano.

Es que hay una gangrena social que todo lo corroe: la ignorancia. Es que ésta se halla impulsada por una palanca poderosa: el egoísmo.

Ignorancia y egoísmo: estos son los móviles, los impulsores, la *prima ratio* del abandono de la niñez. La primera hace que padres indignos de tal nombre solo vean en los seres á quienes dieron la vida, una *cosa* más ó menos buena, según responde á los proyectos íntimos que sobre ella se hicieron, y no una criatura racional con un espíritu que ha de tener aspiraciones, que ha de sentir algún día la conciencia de sí mismo. El segundo, á su vez, arrastra inteligencias embrutecidas á explotar hasta la barbarie la niñez del desvalido y del huérfano, sobreponiéndose á él por la brutal razón de la fuerza.

De aquí ese repugnante espectáculo que todos los días estamos presenciando. Criminales de quince años que pueblan las cárceles, donde se amaestran más y más con el contacto y las lecciones de otros que ya perdieron le honradez y la conciencia. Mujeres apenas púberes que cruzan la vía pública, haciendo sonrojar á las madres de familia halladas á su paso. Tal es el cuadro triste, vergonzoso, denigrante, que á nuestra vista se ofrece continuamente en todas las grandes capitales, y sobre todo en la corte.

Lamentemos de todas veras la perdición de esas criaturas, pero no las maldigamos. Ellas no tienen la culpa de su fatal destino. Téñenlas aristas impelidas por el viento, van allí donde el acaso las lleva, sin conciencia de lo que hacen, sin remordimientos de ningún género. No hacen otra cosa que seguir un camino sembrado de espinas, al que se acostumbraron desde que abrieron los ojos á la luz de la razón. Las ideas del bien y del mal bullen en sus cerebros en caótica confusión. Pobres árboles plantados en el yermo desierto de la existencia, no tuvieron en sus primeros años una mano benéfica que los protegiera contra la furia del huracán. No los culpemos, pues: echemos todo el peso de nuestras recriminaciones sobre una sociedad indiferente y egoísta que solo sabe quejarse y murmurar, sin exparcir el bálsamo de la cari-

dad sobre la llaga profunda de nuestros dolores.

Es innegable que, relativamente hablando, hemos progresado. Hoy es cierto que el padre de familia no está autorizado por la ley para arrojar á su hijo recién nacido en medio de la plaza, como sucedía en tiempo de los Scipiones. Hoy el celo de hombres benéficos, de espíritus compasivos, ha abierto esas Casas de Maternidad donde acoger al tierno niño á quien la fatalidad y las preocupaciones sociales niegan desde el instante en que nació el derecho al ósculo de una madre. En nuestros días existen asilos para el huérfano y el desheredado..., y, sin embargo, el mal subsiste y el virus emponzoña cada vez más las bases fundamentales de la sociedad.

Es que todavía queda muchísimo que hacer en este punto. Si el primer paso está dado, la idea se encuentra embrionaria. Falta hacer un cúmulo poderoso de voluntades energéticas, que desarrolle los principios de bienestar y de progreso á que es acreedor nuestro siglo.

Mientras en esos asilos benéficos no se sienta la cariñosa influencia del amor, los acogidos en ellos se considerarán tal vez más infelices que los que andan por las calles sin casa y sin hogar. Mientras una solicitud verdaderamente maternal no cuide de la existencia de los pobres expósitos, éstos sucumbirán á centenares, y las Inclusas seguirán siendo, como hasta aquí, la tumba de la naciente humanidad.

Es preciso, á toda costa, que esos niños y niñas que deslizan los albores de la vida en la vía pública, sean conducidos á asilos donde encuentren el amor que nunca conocieron. Es indispensable que los brazos que sostienen al expósito sean los del cariño más esquisito. Esto solo puede conseguirlo la mujer.

La mujer, todo amor, todo ternura, sabe como nadie identificarse con la desgracia. Poned mujeres dignas de este honroso título y no seres asalariados é indiferentes, al frente de los centros benéficos donde se alberga el pequeñuelo, y lo que no puede conseguir la severa disciplina ni los castigos rigurosos, lo alcanzará una suave reprensión, una caricia de esas madres del corazón.

Los hombres de nuestro siglo, que tanto se dedican al estudio de los grandes problemas sociales, no deben olvidarse de este importante ramo de la Administración de un Estado.

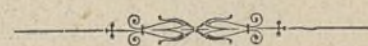
El hombre en este punto puede dictar todas las leyes que juzgue oportunas, pero no darán resultado práctico mientras no sea la dulce compañera del hombre la encargada de su ejecución.

Recuerden nuestros legisladores que aún tienen mucho que hacer para obedecer el sublime mandato de Aquel que dijo:

*Dejad que los niños se acerquen á Mí.*

Protección á la niñez.

JOSÉ MARÍA MEDINA.





## LOS DOS HERMANOS

## APÓLOGO

En aquel tiempo en que los encantadores poblaban el mundo, mezclándose á menudo en la vida de los mortales, en que detrás de cada arbusto se ocultaba una hada, y cada riachuelo escondía una ninfa, cuando no eran varias, vivía en la ciudad de Bagdad un anciano que tenía dos hijos de carácter bien diferente.

Era el uno apasionado, vehemente, pródigo é intemperante.

El segundo reflexivo, flemático, sóbrio y económico.

El primero proyectaba mil planes, con que se entusiasmaba fácilmente, sin tener, no obstante, constancia para ejecutar ninguno.

El otro, en cambio, tardo en sus resoluciones, ponía en llevarlas á cabo una tenacidad inquebrantable.

Reunió un día su padre á ambos hermanos, y les habló de esta manera:

«Ya sabéis que, por las artes de un nigromántico enemigo de nuestra familia, se encuentra una hija de mi hermano encantada en forma de yedra en una fuente muy lejana.

»Merced á ciertas poderosas evocaciones cabalísticas he conseguido conocer el secreto para tornarla á su primitiva humana forma.

»Voy á deciros el conjuro, y vais á marchar cada uno por diverso camino.

»El que primero llegue y logre destruir el encanto que la retiene, se casará con mi sobrina, y será dueño de los inmensos tesoros que posee.»

Enseguida, el buen viejo, dió á cada uno una bolsa repleta de monedas para efectuar su viaje, recomendándoles las economizasen, porque si las gastaban antes de concluir su camino, no podrían seguir adelante, pues nada más podría darles.

Luego les enseñó la frase con que habían de desencantar á su prima, y echándoles su bendición, los despidió.

El más vivo de los dos hermanos, después que se vió en camino, echó sus cuentas así:

«Puesto que lo esencial es llegar antes, debo ir muy deprisa para adelantar á mi hermano, y como á pié se vá muy lentamente, compraré un caballo que me lleve como el viento.»

En efecto, en la primera poblacion que halló en su camino adquirió un hermoso caballo, lo cual produjo considerable vacío en su peculio; sin embargo, el jóven pensaba que abreviando la duracion de su viaje podía permitirse algun desembolso extraordinario.

El primer día todo fué bien; el viajero corría, corría sin cesar, y gozoso aplaudía su adquisicion.

Pero en el segundo día de su viaje, el caballo tropezó en un peñasco, arrojando al suelo á su gineté.

Malparado del golpe, y con una pierna desconcertada, permaneció en mitad del camino hasta que unos compasivos pasajeros le transportaron á una aldea cercana, donde un cirujano curó sus heridas, que por fortuna eran leves.

Repuesto de su caída, tornó á ponerse en marcha, jurando no volver á querer caminar tan de prisa.

A los dos días, en una posada en que pasó la noche, se encontró con unos mercaderes que le invitaron á cenar en su compañía, y después á jugar un rato. Nuestro jóven aceptó el convite; pero demasiado orgulloso para no corresponder á él, hizo llevar nuevos manjares, que pagó espléndidamente.

Enseguida, confiado en su destreza, se puso á jugar, esperando recuperar el dinero que aquellos le habían costado; más la suerte le fué contraria, y una á una pasaron sus monedas á poder de sus afortunados contrincantes, hasta el extremo de no quedarle absolutamente nada.

Desesperado, se vió obligado á regresar á su morada, teniendo que mendigar el sustento para no morir de hambre.

En cambio el otro hermano emprendió su camino lentamente; pero sin detenerse un momento. Economizó su dinero, no gastando sino lo más indispensable.

Por consecuencia, aunque poco á poco, dió fin á su viaje, acabando felizmente la empresa con el desencanto de su hermosa prima, con quien tornó al hogar paterno, y con la que después se casó, disfrutando las grandes riquezas que le llevó en dote.

Feliz y tranquilo vivió muchos años al lado de su esposa, mientras que su hermano arrastraba miserable existencia.

Todos, desde que nacemos, poseemos un tesoro que la existencia pone á nuestra disposicion. *El tiempo.*

El que sabe útilmente emplear este capital, el que económico y prudente le usa con provecho, seguro puede estar de obtener la fortuna, la consideracion y aprecio de los demás, y lo que es más interesante, la tranquilidad de la conciencia.

El que locamente prodiga tan precioso tesoro, el que deja pasar su juventud en la vagancia, ese nunca llegará á ser más que un miembro inútil de la sociedad, cuando no dañino y perjudicial.

Nuestros primeros padres, por única herencia nos legaron el trabajo, esa palanca que transforma los desiertos en vergeles, las chozas en palacios, la miseria en opulencia.

¡Trabajad! ¡Es tan hermoso conquistar por sí mismo un nombre ilustre, una elevada posicion!

Cuando escucháis hablar de esos hombres privilegiados que animados de su constancia han llegado desde las últimas clases sociales á los primeros puestos de la ciencia, las letras ó la política, ¿no habéis sentido deseos de imitarles?

Pues el secreto de su fortuna es *que supieron aprovechar el tiempo.*

El hombre que pierde el tiempo, es cien veces más criminal que el que en un garito deja su fortuna. El dinero puede recobrase; el tiempo que se pierde, jamás.

La sabia antigüedad formuló el axioma: *La ociosidad es madre de todos los vicios*; y, en efecto, de cada cien criminales, noventa y cinco han comenzado por ser vagos.

El hombre que no trabaja, podrá no ser un malhechor, pero está en camino de llegar á serlo.

¡Trabajad siempre y sin descanso, porque el trabajo, que es el manantial de los goces materiales, lo es al mismo tiempo de los más inefables placeres morales!

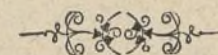
FRANCISCO J. SANCHEZ DE OCAÑA.



## LA ESENCIA DE LAS FLORES

Es la esencia de las flores  
un aroma que embalsama,  
y, expansivo, se derrama  
por todos los alrededores;  
exhalando, pues, olores  
denuncia la flor su sér,  
«y es de este modo, á mi ver,  
cómo debe con presura  
denunciarnos su hermosura  
la virtud de una mujer.»

ALFONSO E. OLLERO



## LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

VIII

## LA EDUCACION DEL HOMBRE

(A TEODORO)

«¿Quereis saber el estado de la civilizacion de un pueblo? Averiguad el número de alumnos que presentan sus escuelas, la calidad de éstas y la cantidad de instruccion que propagan, y luego obtendreis la solucion.»

Esto ha dicho un escritor contemporáneo. Esa sencilla pregunta y esa oportuna respuesta, pondrian de relieve la importancia de la instruccion, si no estuviera generalmente reconocido que difundir las luces de la inteligencia es la primera necesidad de los pueblos civilizados.

El que sabe debe enseñar; el que no sabe debe aprender; y hé aquí la cadena más fuerte que liga á los hombres en las relaciones importantes de la sociedad. El ignorante vive supeditado á la ley del saber; para que esa cadena no lleve á la tiranía, los hombres nivelan las inteligencias, poniendo unos sus talentos, otros su estudio, que la constancia acerca éste á aquel en cuanto es posible.

El talento crea; el estudio adquiere, y yendo por diferentes caminos, se encuentran al fin, ayudándose el uno al otro en las grandes empresas. La ignorancia es la que, permaneciendo estacionaria, se ve á cada paso atropellada por el impulso del progreso que el talento y el estudio imprimen á la imaginacion.

El estudio es árido al principio, pero á medida que se va ensanchando el horizonte de la ciencia, proporciona las grandes satisfacciones del amor propio y el triunfo del saber, que se presenta como soberano del mundo. No es ménos penoso el cultivo del campo, que fatiga el cuerpo y destroza con el arado la mano del labrador, y éste recoge después,



como premio de sus afanes, la dorada espiga.

Muéstrate, hijo mio, avaro de saber, pensando en el porvenir, que te espera con sus exigencias y necesidades apremiantes; sólo á costa de grandes esfuerzos se hace el hombre digno de su época, y no dudes que las horas consagradas en la infancia y en la adolescencia al estudio y al trabajo dan por resultado, no sólo asegurar la subsistencia de la familia que formes, sino el prestigio de la consideracion social que rodea al talento.

El hombre instruido no encuentra cerradas las puertas del mundo, y cuando el infortunio con sus rigores se declara contra él, se abre camino para hacer frente á la desgracia. El que sabe es siempre rico; su caudal nunca se agota, porque no está expuesto como el dinero á los cambios de la fortuna veleidosa: allí donde hay uno que necesita aprender y otro que sabe enseñar, tiene aquel que vivir á expensas de éste para dar á su ignorancia el beneficioso pasto de la inteligencia; vivir en la ignorancia es acercarse al bruto; es despreciar las facultades de la razon sobre el instinto.

El instinto es privilegio que nace en todo su desarrollo con los seres irracionales; la razon es en los seres racionales facultad del entendimiento, que necesita cultivarse; nace preparada para el estudio y con él se enriquece; los raciocinios son más ó menos fundados, segun el mayor ó menor cultivo de la inteligencia que los produce. La persona ilustrada se hace temer y respetar sin más apoyo que su razon, sin más fuerza que su ilustracion misma; se surte en el arsenal de sus conocimientos, y no hay armas tan poderosas como las de la instruccion para combatir contra la ignorancia.

Estudia mucho para saber poco; es decir, ensancha el círculo de tus deseos, para encerrar dentro de ese espacio el profundo conocimiento de una materia, y cuando llegues á apoderarte de ella, empieza otra, á fin de ir consolidando tu educacion; el que á la vez abraza muchas materias, forma en su cabeza el caos, y no llega á brillar en ninguna. La universalidad en los diferentes ramos del saber nunca se consigue; la vida del hombre es corta para consagrarla á tan deseado triunfo.

Se ha escrito mucho para determinar cuál sea el mejor sistema de educacion, y creo imposible resolver generalmente cuestiones de esta importancia, enlazadas con la personalidad; fijar reglas ó principios, sin contar con el carácter ó la disposicion de cada uno de los educandos, no me parece conveniente; el mejor principio del sistema que debe seguirse es este: despertar el amor al estudio; y la mejor regla es esta: enseñar bien. Semejantes razonamientos se juzgarán insustanciales, pero son dos axiomas.

Para ser, cuando ménos, útil á la sociedad, tienes que valer algo, y el hombre ignorante es cantidad negativa, que donde quiera que llega encuentra el desden de la superioridad. No hay satisfacciones más grandes que las de la admiracion; la persona ilustrada que ha conseguido acreditar su talento, se impone y llega á ser necesaria.

El tiempo es dinero, ha dicho Franklin, y en tan pocas palabras no se ha escrito sentencia más provechosa. Consagra las horas al estudio para fijar tu suerte, que cada vuelta que da el minuterio por la esfera del reloj es una despedida eterna del tiempo, y día llegará en que llores esa pérdida irreparable. Fórmate una carrera ó aprende un oficio para vivir prevenido, contando con tu ciencia y con tu trabajo en todos los accidentes de la vida, y aguarda tranquilo el porvenir.

Tu maestro es tu segundo padre; respeta en él al que, siendo superior á tí, te da los conocimientos que posee, y presta atencion á sus consejos y sus lecciones: su severidad, que hoy te parece injusta, mañana será un mérito inapreciable á los ojos de tu razon. Recorre, hijo mio, la estadística criminal de los pueblos, y te convencerás de una gran verdad, que debiera servir de estímulo á los padres que abandonan la educacion de los niños; la clase ignorante de los grandes centros de poblacion es la que en mayor número llena las cárceles y los presidios; la instruccion enseña el peligro y contiene el desbordamiento de las pasiones, porque llega á formar, por decirlo así, una segunda naturaleza.

El trabajo y el tiempo que consumen las ocupaciones de una carrera, libertan al hombre de las necesidades de la miseria y de los riesgos de la vagancia; el cerebro, como el estómago, exige alimento constante, pero moderado; cuando le falta, sufre alteraciones que originan la pérdida de la fuerza, precedida muchas veces de exaltaciones fatales. Piensa en labrar tu suerte, y no te asaltarán las ideas perniciosas que forjan la ociosidad y la carencia de recursos.

Enríquécete con conocimientos provechosos, y te enorgullecerás, distinguiéndote en la aristocracia del talento, que ha de ocupar siempre el primer puesto en la sociedad.

Estudia y serás respetado; estudia y serás querido; estudia y serás admirado. ¡Qué tres triunfos, mi Teodoro! ¡La consideracion social, el cariño y la admiracion! ¡Ahí tienes las tres nobles aspiraciones del linaje humano! Alcánzalas á fuerza de estudio, y te parecerá deslumbrador ese mundo que tanto desacreditan los ignorantes.

(Se continuará.)

### UNA VISITA Á LA PENITENCIARÍA DE LOVAINA

Es un principio universalmente reconocido que nada es más perjudicial que el contagio de las prisiones; pero, por otra parte, la prision celular horroriza á muchos, que temen, y no ciertamente sin algun fundamento, que el aislamiento produzca la locura, dejando al reo á solas con sus remordimientos y pasiones.

Mas toda exageracion es igualmente funesta, de lo cual es buena prueba, sobre este punto, la penitenciaría de Lovaina.

En ella el trabajo es la principal base: los carceleros no son vulgares vigilantes, ni mucho ménos, como nuestros vergonzosos cabos, sino hombres de grande y sana experiencia

que ilustran y corrigen á los presos. Los que de éstos no tienen oficio, están obligados á aprender uno. En cinco meses se enseña á ser sastre, en ocho á ser zapatero, en tres á ser tejedor.

Las celdas tienen cuatro metros de largo por dos y medio de ancho: las paredes son blancas, y el mueblaje modesto. Una cama de palastro barnizado, que puede trasformarse en mesa, una silla, una percha, un quinqué de gas con pantalla metálica: en un ángulo un calorifero y en el opuesto un lavabo, y por último, un timbre eléctrico cerca de la cama, para llamar á cualquiera hora de la noche ó del día, constituyen el mueblaje de cada celda.

Los presos se levantan á las cinco y media en verano y á las siete en invierno. Una racion de leche caliente mezclada con achicoria, es su primer desayuno: cada preso recibe al mismo tiempo 600 gramos de pan bazo para todo el día; su comida se compone, ya de sopa de aceite y de patatas, ya de sopa con carne de vaca hervida: la última comida, á las cinco, consiste en arroz, patatas ó judías secas.

Por la mañana y por la tarde se les concede media hora de lectura, y al día una para pasear.

Hay noventa patios, en cada uno de los que no pasea más que un preso.

Como se vé, la soledad es completa. ¿Qué han hecho en Lovaina para atenuar sus inconvenientes? Por mañana asisten los presos á una breve conferencia sobre temas religiosos ó morales. Cada uno tiene su sitio, desde el cual no vé al que tiene á su lado; todos van enmascarados y llegan uno á uno á la capilla, de la que salen en el mismo orden. De cuando en cuando, varios días á la semana, visitan á los presos personas caritativas, hablan con ellos y se enteran de sus necesidades; gracias á estas visitas se alza no poco el velo fúnebre que los separa del mundo exterior. Los guardianes, por su parte, se prestan, cuando la ocasion se lo permite, á conversaciones familiares con ellos.

Lo demás del tiempo lo pasan solos los presos.

(Se continuará.)

La Secretaría de la Excm. Diputacion de esta provincia nos ha trasmitido el siguiente oficio, trasladándonos el acuerdo tomado por la referida corporacion en sesion solemne celebrada el día 26 del pasado mes de Marzo:

«La Diputacion provincial, teniendo en cuenta su interés por todo lo que se relaciona con la educacion de los niños que luego han de practicar en provecho de la patria cuantas máximas se inculcan ahora en sus tiernos corazones, ha acordado en sesion de 26 anterior, autorizar á Vd. para estampar en la publicacion que dirige, titulada LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, el escudo de armas de la provincia, como honroso testimonio del aprecio que merece dicha publicacion.—Lo comunico á Vd. para su conocimiento y satisfaccion.—Dios guarde á Vd. muchos años.—Madrid 2 de Abril de 1881.—El Presidente, Conde de la Romera.—Señor D. José Novi y Pereda.»

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.